

# INTRODUCCIÓN

## 1 “Una ciudad es una ciudad”

Quisiera iniciar mi reflexión sobre la ciudad a partir de esta proposición de Fernand Braudel, que encierra y sintetiza el espíritu de este trabajo. Está claro que no es una definición, sino más bien un programa de investigación: afirma la legitimidad de un proceso de generalización, que parte de la constatación de la existencia histórica y geográfica de *las* ciudades para llegar a la consideración de *la* ciudad como totalidad significativa y a su teorización como entidad socioeconómica autónoma.

De la ciudad como entidad social específica mucho se ha escrito y se ha discutido, pero no existe una teorización aceptada. Por una parte, tenemos los defensores firmes de este programa, como el mismo Braudel, que lo ha realizado en ese gran *fresco* de cuatro siglos de historia (urbana) que es *Capitalisme et civilisation materielle*,<sup>1</sup> o también como los sociólogos Hoselitz y Hillery o el historiador marxista Maurice Dobb.

Por otra parte, en una posición central, tenemos algunos grandes padres del pensamiento político y sociológico que han sido tentados por esta generalización, como Marx, Weber, Sombart, pero que se han detenido un escalón más abajo, teorizando clasificaciones y taxonomías de ciudades.

Por último, en decidida oposición a cualquier posibilidad de teorización, incluso limitada a categorías históricas tales como la ciudad preindustrial de Sjoberg o la ciudad medieval occidental de Weber, se encuentran los muchos cultivadores de la especificidad, que siempre han tenido vida fácil oponiendo a todo intento de generalización la paradoja “¿Nueva York = Tombuctú?”.<sup>2</sup>

Por el lado de los economistas, y de la posibilidad de considerar la ciudad como entidad económica específica, existe desde hace ya treinta años un *corpus* creciente de teorías que hacen referencia a su estructura interna y a sus formas de fun-

<sup>1</sup> Véase Braudel (1979).

<sup>2</sup> Véase Abrams (1978).

cionamiento. El economista trabaja de forma natural en un nivel de abstracción más elevado que el geógrafo o el sociólogo, y la operación, si bien no exenta de riesgos de generalidad o de superficialidad, se ha revelado en este caso más fácil y aceptable.

No obstante, a pesar de que la *urban economics* se haya convertido en una disciplina académica a todos los efectos, si miramos bien en la abundante literatura no encontramos (o encontramos solo raramente o de forma parcial) una representación de la ciudad como categoría económica autónoma. La *urban economics* es sobre todo una *economía de la ciudad*, una aplicación de los principios de la economía al objeto ciudad, más que un análisis, podríamos decir, de lo *urbano* como paradigma interpretativo de la realidad, como modelo original de organización de las actividades económicas y del trabajo social.

Este hecho, y a mi parecer este límite, proviene de un defecto de origen de la disciplina económica: la infravaloración de las variables espaciales y de las formas de localización de las actividades en el territorio.

Sólo algunos progenitores, como William Petty, Richard Cantillon y Adam Smith han escrito ensayos sobre la ciudad o han elevado la ciudad a la dignidad de capítulo autónomo en sus tratados. Sólo raramente (entre los padres fundadores lo han hecho Marx y Marshall) la tierra urbana ha sido considerada y teorizada en su especificidad de forma separada a los otros factores de producción. Y la gran y potencialmente fértil intuición marxiana –del joven Marx de la *Ideología alemana* y en parte ya de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*– sobre la división entre trabajo intelectual y trabajo manual y sobre la *contradicción entre ciudad y campo* como motores de la historia,<sup>3</sup> es rápidamente dejada de lado y perdida en la reflexión sucesiva, en primer lugar por obra del mismo Marx –el Marx maduro de *El Capital* y del materialismo histórico– y sucesivamente, por obra de los otros economistas que de dicha contradicción aceptarán la primitiva versión smithiana, que la consideraba un simple caso de división funcional del trabajo.

Y, sin embargo, desde hace tiempo los historiadores nos han advertido de la persistencia del fenómeno de la ciudad en todas las épocas y en todos los contextos geográficos; nos han indicado cómo la aparición de las ciudades se puede rela-

<sup>3</sup> Véase Marx y Engels (1967): “La división del trabajo se convierte en división real sólo a partir del momento en el que hay una división entre el trabajo material y el trabajo espiritual” (p. 21); “la división del trabajo [es] una de las fuerzas principales de toda la historia transcurrida hasta ahora” (p. 36); “la mayor división del trabajo material e intelectual es la separación entre ciudad y campo. [...] El antagonismo entre ciudad y campo... es la mayor expresión de la subordinación del individuo a la división del trabajo, a una determinada actividad que le es impuesta; subordinación que hace de uno el limitado animal ciudadano, del otro el limitado animal del campo, y que renueva cada día el antagonismo entre sus intereses” (pp. 40-41). Ya en los *Manuscritos* hay indicaciones relevantes sobre la “relación del trabajo alienado con el desarrollo histórico de la humanidad”, una relación que preexiste y determina el “movimiento de la propiedad”. Véase Marx (1968), pp. 82-85.

cionar con el nacimiento mismo de la civilización; nos han sugerido cómo las ciudades han sido siempre la sede privilegiada y natural de las funciones superiores, de las funciones estratégicas y de mando: cultura, religión, defensa, industria (cuando esta última fue la función de punta), terciario directivo, información, gobierno. ¿Cómo se puede considerar que todo esto no influya, aunque sólo sea en términos superficiales y banalmente económicos, sobre las leyes de organización de la sociedad?

Y algunos grandes filósofos como Hegel nos han indicado sin sombra de duda la ciudad y su opuesto, el campo, como los dos arquetipos de organización social, los dos momentos o fundamentos ideales del estado: la primera en cuanto “sede de la reflexión replegada sobre sí misma y autorrealizada” y, por tanto, de los “individuos que aseguran su conservación a través de una relación con otras personas jurídicas”, y la segunda en cuanto “sede de la vida ética, que se fundamenta sobre la naturaleza, o sea, de la familia”.<sup>4</sup>

Grandes sociólogos como Max Weber nos han transmitido emblemáticamente el antiguo dicho alemán “el aire de la ciudad nos hace libres” (“*Stadtluft macht frei*”),<sup>5</sup> para indicar, más allá de una validez literal durante la época medieval (el siervo de la gleba que conseguía entrar en la ciudad era libre), una atmósfera urbana particularmente adecuada para el despliegue de la subjetividad y de la voluntad individual.

¿Cómo pensar que todo esto sea irrelevante tratándose de desarrollo económico y social, de conflictos distributivos, de capacidad empresarial y de innovación?

Por tanto, el paso de la ciudad como simple objeto de investigación económica a categoría económico-espacial autónoma constituye un problema abierto, una hipótesis estimulante y un programa de investigación válido; este volumen quiere ser, entre otras cosas, una contribución en esta dirección, sin necesariamente implicar directamente una respuesta afirmativa al problema planteado y sin tener la ambición de presentar una teoría orgánica.

## 2 La ciudad y las representaciones de la ciudad

En un proceso de generalización y de abstracción como el que se ha supuesto, la dificultad está, naturalmente, en el hecho de que la ciudad pierde toda su materialidad histórica para convertirse en otra cosa: para convertirse en representación, en metáfora.

<sup>4</sup> Véase Hegel (1963) p. 257.

<sup>5</sup> Véase Weber (1950) p. 36.

“La ciudad es una noción-pantalla: a través de ella se dicen otras cosas, que se llaman capitalismo, territorio, estado, infraestructura colectiva. El razonamiento sobre la ciudad no habla de la ciudad: por debajo de esta forma vacía se desarrolla la historia. Tampoco nosotros hemos escapado de este desprecio y en nuestro caso hablamos de “ciudad” para referirnos a relaciones sociales de producción, fuerzas productivas, capital y también estado”.<sup>6</sup>

En Braudel este proceso de identificación-representación es clarísimo: “*En Occident, capitalisme et ville, au fond, ce fut la même chose*”. Pero es precisamente de estas representaciones, que persisten y esconden interpretaciones precisas, que los economistas han sido particularmente avaros y, de esta manera, han abierto el camino a un reduccionismo superficial que, para “quedarse con los pies en el suelo” ha banalizado gran parte del enfoque económico de la ciudad.

Uno se queda perplejo, por ejemplo, ante los resultados teóricos de la así llamada *new urban economics*, a los cuales han contribuido incluso prestigiosos economistas “ortodoxos”, y también se siente reacio a aceptar la idea de que un modelo de ciudad monocéntrica, organizado como un campamento de caravanas sobre la base de un solo principio organizador, el principio de accesibilidad, agote todo cuanto el economista puede decir de relevante sobre la ciudad a partir de sus específicos instrumentos disciplinares.<sup>7</sup>

La idea de encontrar un principio unificador para la interpretación de los fenómenos no es naturalmente peregrina o inusual en la historia de la ciencia, ni se limita, para permanecer en el ámbito urbano, solamente a los economistas; los analistas de sistemas ven, por ejemplo, en el principio de interacción espacial dicho principio unificador. Pero, probablemente, esta analogía metodológica con las ciencias exactas no se adecua a una ciencia social como es y debe ser la economía urbana y, por tanto, la complejidad del fenómeno ciudad no puede ser recogida, aunque sea en el ámbito de las simples relaciones económicas, sino es mediante la integración coherente de distintos principios.

El hecho de que la economía no haya desarrollado una representación fuerte y coherente de la ciudad, si bien por una parte tiene la desventaja de quitar al estudio algunas certezas y algunos puntos firmes, presenta, por otra parte, numerosas ventajas.

En primer lugar, la de poder utilizar la economía como método de investigación y de análisis más que como un *corpus* disciplinar cerrado de axiomas y teoremas. En este contexto la ciudad puede ser estudiada de forma amplia como fenómeno relevante desde el punto de vista de la producción y de la distribución de la renta: no sólo, por tanto, desde el punto de vista de la eficiencia asignativa de

<sup>6</sup> Véase Fourquet y Murard (1973), p. 36.

<sup>7</sup> Este enfoque está tratado en el capítulo 2 de este volumen.

la escuela neoclásica, sino también desde el punto de vista clásico de la “naturaleza y las causas de la riqueza”, de las relaciones de complementariedad pero también de conflictividad entre clases sociales, así como desde el moderno punto de vista de la capacidad innovadora y de la eficiencia dinámica. Como se ve, el programa es amplio, y excluye sólo el punto de vista estético y gran parte, aunque no todo, del punto de vista de la forma (y de la psicología de la forma) urbana.

En segundo lugar, la falta de una representación globalizadora y aceptada tiene la ventaja de estimular al investigador a descubrir fragmentos de reflexión teórica en los textos de los grandes padres de la economía y de las ciencias territoriales, a la búsqueda de los principios genéticos y de las leyes de movimiento de ese complejo microcosmos que es la ciudad.

En tercer lugar, permite utilizar críticamente las representaciones y las metáforas elaboradas en el interior de otras aproximaciones disciplinares que han asumido más directamente el deber de la interpretación de la ciudad; y una utilización crítica significa juzgar la validez heurística de las respectivas aproximaciones y paradigmas (naturalmente en el interior de la especificidad del enfoque económico), ampliar y reforzar los paradigmas mismos, adquirir intuiciones analíticas o incluso sólo preanalíticas.

El economista se encuentra particularmente cómodo en el interior de metáforas funcionalistas: la ciudad como sistema organizado y con una finalidad, la ciudad-máquina. Encontramos estas representaciones sobre todo en el interior de la tradición marxista, en la idea del mismo Marx de una ciudad-mercado del trabajo industrial, en la idea de Manuel Castells de una ciudad-espacio del consumo y de la reproducción de la fuerza de trabajo, en la metáfora de la ciudad-fábrica o en la idea más general de Allen Scott de una ciudad-espacio de la producción.<sup>8</sup>

No obstante, estas representaciones, además de identificar aspectos sólo parciales de la naturaleza de la ciudad, presentan un profundo riesgo: al no estar basadas en un vínculo fuerte, necesario y bidireccional entre forma espacial (la ciudad) y función, y al remitir a relaciones tan generales que trascienden del nivel del espacio físico, tienen el peligro de hacer de la ciudad el simple escenario, casual y pasajero, de sucesos o relaciones estructurales consideradas más profundas (la lucha de clases, por ejemplo) o el simple contenedor espacial de una realidad sociológica: la ciudad como escenificación de la historia. Llegados a este punto, sería muy lógico y más coherente negar relevancia teórica a las variables espaciales, como han hecho durante un tiempo algunos representantes del marxismo ortodoxo americano;<sup>9</sup> una elección que anularía, no obstante, nuestro explícito programa de investigación (y el de todos los científicos regionales).

<sup>8</sup> Véase Magnaghi, *et al.* (1970), Castells (1974), Scott (1988).

<sup>9</sup> Véase, por ejemplo, Markusen (1980).

Más sólidas parecen otras representaciones funcionalistas: la weberiana de la ciudad-mercado, basada en un atento análisis de la ciudad medieval en los albores del capitalismo, aunque hoy reductiva e insuficiente, pero de todas formas adecuada para interpretar una de las funciones esenciales de la ciudad, la de lugar de intercambio (de bienes, de servicios, de información); o la braudeliana de la ciudad-transformador eléctrico y catalizador de lo nuevo, bien adaptada para incorporar la creciente moda de reflexiones neoschumpeterianas.

Menos connaturales al economista pero también relevantes son las metáforas organicistas, propuestas sobre todo por los teóricos de la forma y la morfogénesis urbana: la ciudad como organismo autónomo, que obedece a sus propias leyes internas, polo de subjetividad territorial. De la metáfora biológica de la ciudad como organismo viviente de Lewis Mumford, a la metáfora cibernética de la *ville-machine informationnelle* de Fourquet y Murard,<sup>10</sup> encontramos una serie de sugerencias relevantes que abren el camino al estudio de las formas de funcionamiento interno de la ciudad y de los principios de asignación espacial de los recursos.

### 3 Aglomeración y división del trabajo: la contradicción ciudad/campo

Intentemos pues, recorriendo las diversas representaciones de la ciudad, construir una imagen compuesta, ecléctica, que pueda satisfacer las exigencias del economista, partiendo desde las visiones más simples y directas hasta llegar a las más complejas y abstractas, y acercando a las visiones estáticas, fotográficas, las visiones dinámicas, en mayor medida preocupadas en recoger, más que una estructura, una ley de movimiento (figura 1).

Asumamos, para empezar, el punto de vista del viajante desinformado, o del astronauta. La ciudad se presenta ante sus ojos como una aglomeración de actividades, un espacio claramente delimitado por una neta ruptura en la densidad de uso del suelo respecto a la del espacio que lo rodea. Al poder verificar en el espacio total y en el tiempo dicha persistencia y uniformidad, el viajante estaría naturalmente llevado a conjeturar la existencia de alguna fuerza, de alguna ventaja, que ha empujado al hombre hacia dicho comportamiento localizativo: la proximidad, deduciría, es una forma eficiente de organización de las relaciones entre los hombres.

Lo confortaría la autoridad de Platón y de Aristóteles. El primero, en la *República*, ve en la multiplicidad de necesidades y en la eficiencia de un proceso de especialización y división del trabajo la génesis de la ciudad. El segundo, en la *Política*, partiendo de estas mismas reflexiones, concluye: “ὁ γὰρ ἄνθρωπος πολιτικόν

<sup>10</sup> Véase Mumford (1938), Fourquet y Murard (1973), pp. 18-20.

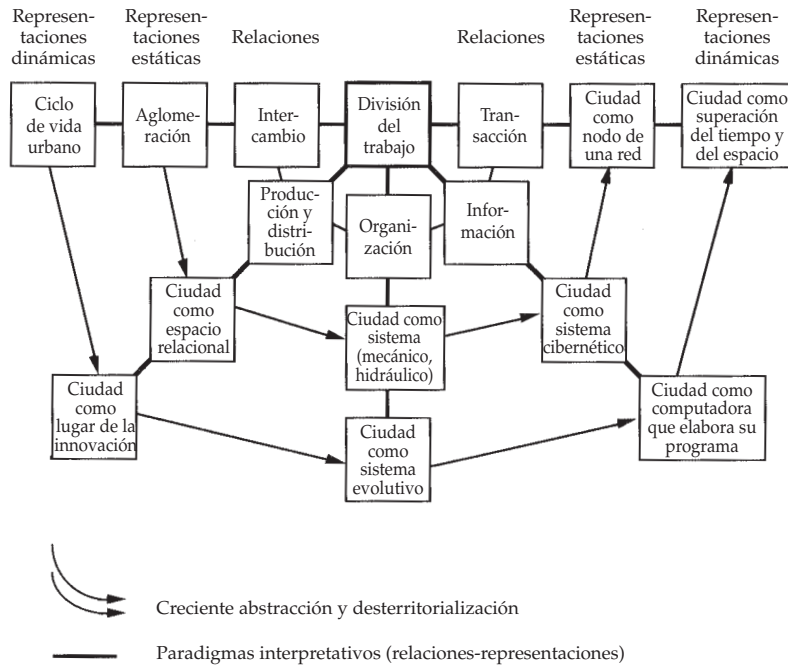


Figura 1. Las funciones y las representaciones de la ciudad.

ζῶον”, “el hombre es por naturaleza un animal social”, y su sociabilidad se identifica, incluso semánticamente, con su “urbanidad” (πόλις = ciudad).<sup>11</sup>

Observado de cerca el fenómeno, el viajante notaría que la ciudad se distingue no sólo morfológicamente de la no-ciudad (densidad, prevalencia del ambiente construido), sino que se distingue también funcionalmente: las actividades que en ella se desarrollan, de lo más diversas, tienen en común el hecho de que *no* están dirigidas a la explotación directa del suelo. Estas últimas son, en cambio, típicas del espacio exterior, de la no-ciudad, del “campo”. La idea de la gran capacidad de difusión de la división del trabajo, en particular entre la ciudad y el campo, se impondría casi automáticamente, y esta vez la autoridad de Adam Smith confortaría al viajante sobre la racionalidad y eficiencia de dicha forma de organización funcional del trabajo social.

Dado que incluso aquellos que no trabajan directamente la tierra deben nutrirse de los frutos de la tierra, emergería como corolario de la precedente afirmación una importante condición para la existencia misma de la ciudad: para que alguien pueda vivir sin trabajar la tierra, es necesario que el nivel de productivi-

<sup>11</sup> Véase Platón (1990), pp. 57-60; Aristóteles (1991), p. 6.

dad de la agricultura sea tal que garantice un excedente superior de cuanto es necesario para la subsistencia de los trabajadores agrícolas.

Es ésta una condición de la máxima importancia analítica, ya que explica la aparición histórica de la ciudad en todas las civilizaciones en un momento determinado del desarrollo de las fuerzas productivas de la agricultura, y el potente desarrollo de la urbanización simultáneamente a algunos relevantes saltos tecnológicos en los métodos de cultivo. Piénsese solamente, por ejemplo, en el desarrollo prodigioso de las ciudades occidentales que se produce a partir del siglo XI, que fue posible gracias a la difusión coetánea de algunas innovaciones radicales en la agricultura como fueron el arado pesado, la rotación trienal y la sustitución del buey por el caballo (a su vez permitida por las innovaciones en los sistemas de herradura y albarda), una fuente de energía de entre el 50 y el 100% más eficiente en términos de relación coste/capacidad de trabajo.<sup>12</sup>

La ciudad encuentra pues su principio de identificación no tanto en una característica específica, hecho que la haría uno de entre los muchos fenómenos de la infinita variedad de la realidad, sino más bien en una oposición, en una relación dialéctica con un espacio complementario; ciudad y campo, ciudad y no-ciudad, se convierten en dos categorías que juntas agotan la totalidad del espacio, dos polos de una relación que bien se puede considerar estructurante, en sentido tanto estático como dinámico, de la sociedad humana.

En este sentido, otros dos problemas merecen una adecuada atención: cómo tiene lugar la transferencia del excedente agrícola a la ciudad, y sobre la base de qué principio se atribuye la especialización funcional entre ciudad y campo.

La transferencia del excedente agrícola puede tener lugar sobre la base de tres mecanismos alternativos:

- a través de un acto de fuerza y de dominio, como es el caso de los impuestos sobre el producto agrícola exigidos en términos reales;
- a través de la fijación coercitiva de los precios relativos (términos de intercambio) entre productos de la ciudad y productos del campo, como en el caso de una economía colectivizada; o, por último,
- a través del mercado, que fija los precios respectivamente de los bienes y de los factores de producción sobre la base de un modelo de competencia.

El tercer mecanismo, el más relevante en economía, aparentemente no asume el carácter coercitivo de los dos primeros y, por tanto, no implica un principio de subordinación de un elemento de la dicotomía espacial respecto al otro: los precios relativos de los bienes se fijarían sobre la base de algún criterio objetivo (costes relativos, escasez, utilidad relativa) y lo mismo ocurriría para la fijación de la cuota

<sup>12</sup> Véase White (1962), parte II (*La revolución agraria de la Alta Edad Media*).



de la producción agrícola que va a parar al propietario terrateniente (y que, por lo general, es gastada en la ciudad). En realidad, de las páginas del mismo Adam Smith emerge claramente un elemento que aleja los términos de intercambio entre ciudad y campo de una relación meramente competitiva: la mayor posibilidad de los productores urbanos (industriales) de ponerse de acuerdo para crear elementos de monopolio y aumentar los precios en perjuicio de los productores rurales (agrícolas), en mayor medida fraccionados y con menores posibilidades de agregación.<sup>13</sup>

Por tanto, un elemento de dominación emerge también en el interior de relaciones puramente funcionales y de mercado –como aquellas tomadas en consideración por Smith en su análisis de la división del trabajo– y nace directamente de una característica intrínseca de la ciudad: la aglomeración, la proximidad, la facilidad de interacción, la rápida circulación de la información.

Pero esta característica es central también en la definición de las funciones que son asignadas a la ciudad en el interior de la división social del trabajo: ese elemento de eficiencia en la organización social, que más arriba hemos visto que se deriva de la aglomeración, resulta ser particularmente visible para las actividades que se caracterizan por presentar una alta intensidad de información, como son las funciones directivas, las funciones de gobierno, las funciones en las cuales precisamente el control de la información permite la creación de rentas monopolísticas. En estas funciones la ciudad desarrolla intrínsecamente una ventaja comparativa respecto a la no-ciudad, de manera que históricamente se atribuye dichas funciones situándose en una posición de control territorial.

En palabras de Marcel Roncayolo, la ciudad ya no es sólo, en términos geograficofuncionales, “el dispositivo topográfico y social que permite la mejor eficacia en el encuentro y el intercambio entre los hombres”, sino que, en términos de relaciones jerárquicas, la ciudad “se presenta, en diversos grados, como el lugar a partir del cual se establece un control territorial”.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Véase Smith (1977), pp. 124-6. La misma función tenían las corporaciones, de las artes liberales y de los oficios, en las ciudades medievales: “El gobierno de las ciudades gremiales estaba en manos de los comerciantes y artesanos, y ellos estaban interesados en evitar la saturación del mercado, como decían usualmente, con los productos de sus actividades, cuando en realidad lo que hacían era mantenerlo desabastecido. Cada oficio estaba interesado en establecer reglamentos con este objetivo... y consentía fácilmente que cualquier otro hiciera lo mismo. [...] De esta manera, cada categoría perdía por una parte lo que ganaba por la otra, y en los negocios que hacía con las demás, en el interior de la ciudad, ninguna era perjudicada. *Pero con los intercambios con el campo todos obtenían un gran beneficio y son estos intercambios los que constituyen el comercio que sostiene y enriquece a cada ciudad*” [la cursiva es nuestra] (p. 124). “Los habitantes de la ciudad, al estar agrupados en un mismo sitio, pueden fácilmente asociarse entre ellos. [...] Los habitantes del campo, dispersos como están en sitios distantes, no pueden agruparse fácilmente” (pp. 125-6).

<sup>14</sup> Véase Roncayolo (1990), pp. 27 y 29. Este trabajo fue preparado para el término “Ciudad” de la *Enciclopedia Einaudi*, 1978. Véase, en este volumen, el apartado 4.6 y Camagni (1992c, apartado 10.5.2).

Así pues, de esta manera se demuestra la equivalencia entre división social del trabajo (entre trabajo manual y trabajo intelectual) y “contradicción” ciudad/campo en sentido marxiano.<sup>15</sup> La ciudad, polo fuerte de la contradicción, concentra poder territorial y se identifica con él. Tal poder, en términos económicos, significa (y puede ser estudiado como) el control de los precios relativos entre los bienes producidos por la ciudad y por el campo<sup>16</sup> y, por esta vía, el control sobre la distribución territorial de la renta; en segundo lugar, dicho poder significa discrecionalidad sobre la elección de las técnicas y sobre el ritmo de introducción del progreso tecnológico, elementos que a su vez influyen sobre la distribución de la renta entre los factores de producción.

Complementarios a este planteamiento del análisis, pero dirigidas a la dimensión de la demanda, son las reflexiones neomalthusianas sobre la naturaleza vistosa e hiperconsumista del modelo de vida urbano. Consumos vistosos, privados y públicos, son de hecho la contrapartida del poder de control, y de mercado, de la ciudad, modos de “realización” de su excedente. Derroche y ostentación como componentes de la naturaleza de la ciudad son puestos en evidencia sobre todo por las reflexiones filosóficas de gran parte del romanticismo antiurbano, de Rousseau a Bataille hasta la metáfora de la ciudad-hipermercado de Baudrillard, no sin un fundamento económico, como hemos visto.

#### **4 Producción y distribución de la renta: la ciudad como espacio relacional**

De cuanto se ha dicho hasta ahora emerge la utilidad de un enfoque específico para la ciudad en clave estrictamente económica, esto es, desde el punto de vista de la producción y de la distribución de la renta.<sup>17</sup>

En este sentido, la ciudad se presenta como lugar privilegiado en tres importantes acepciones: como espacio de localización de actividades específicas; como espacio de control sobre la división del trabajo social; como espacio de control sobre la distribución de la renta.

<sup>15</sup> Ya en Platón encontramos una extraordinaria intuición sobre el papel imperialista de la ciudad sobre el campo, basada en elementos puramente económicos. En su pensamiento, hasta que la ciudad permanece anclada a las necesidades primarias, y permanece “sana”, practica la especialización, la exportación y el intercambio con el campo; cuando en cambio, con el pasar del tiempo, la ciudad “se inflama” orientándose hacia las necesidades secundarias y desarrollando todo el espectro de las funciones no directamente productivas, desde la sanidad hasta la justicia, el arte y los *loisir* –funciones no exportables y demandadas sólo en la ciudad– tendrá la necesidad de un más vasto hinterland para alimentar a su creciente población. Y en consecuencia “hará la guerra”. Véase Platón (1990), pp. 62-3.

<sup>16</sup> Es este también un tema que Platón, en *La República*, se plantea en términos clarísimos, pero para el cual no sabe, naturalmente, encontrar una solución analítica; Platón, 1990, p. 60.

<sup>17</sup> Véase el segundo radio del abanico de la figura 1, empezando por la izquierda.

Sobre esta última dimensión ya hemos hablado.<sup>18</sup> Sobre la primera y la segunda es necesario añadir alguna consideración. Las actividades que se localizan en la ciudad encuentran su mercado en parte en la misma ciudad pero en parte también en el campo, con cuyos productos son intercambiadas. Por tanto, las actividades urbanas deben ser, al menos en parte, complementarias a las actividades rurales y deben ser producidas con una ventaja comparativa (ya que en otro caso, el campo las llevaría a cabo directamente).

Entre las actividades típicamente complementarias y típicamente urbanas encontramos en todas las épocas no sólo las actividades de dirección de alto nivel (las actividades de gobierno y las actividades militares, por ejemplo), sino sobre todo las actividades que pueden garantizar a la producción rural un continuo proceso de innovación. En el siglo pasado, cuando las mayores innovaciones agrícolas e hidráulicas que tenían lugar en Lombardía nacían de las investigaciones llevadas a cabo por los ingenieros milaneses, Carlo Cattaneo podía defender con razón la paradoja de que “la mejor agricultura se hace en la ciudad”.<sup>19</sup> Hoy en día, cuando es sobre todo la industria difusa la que caracteriza la producción del campo, el sector terciario urbano desarrolla la misma función de garantizar progreso técnico e innovación (tecnológica, comercial, financiera) a la producción industrial “rural”.

Llegados a este punto nos podríamos preguntar, aunque fuera en términos puramente académicos, qué será de la mencionada contradicción entre ciudad y campo en un futuro en el cual, gracias a la progresiva homogeneización de las remuneraciones en el territorio y gracias al desarrollo difuso de las telecomunicaciones, la misma cantidad de información y la misma capacidad para su utilización económica estarán disponibles en cualquier punto del territorio.

Más allá de la puntualización de que, en cualquier caso, se trataría de un futuro muy lejano, es lícito prever una especie de “venganza” del campo, o de la periferia, en oposición a la “tiranía” de la ciudad.<sup>20</sup> Efectivamente, la formación de potentes lobby agrícolas ya ha compensado ampliamente el poder urbano en todos los países avanzados, particularmente en Europa, lo que ha permitido, por ejemplo, la fijación de precios de monopolio sostenidos por el sector público para los

<sup>18</sup> El problema distributivo y de los precios relativos ciudad/campo no es desafortunadamente un tema que haya recibido la atención que se merece dentro de la economía urbana. Véase, en este volumen, el capítulo 6 sobre la renta urbana.

<sup>19</sup> La ventaja que se deriva para el campo de la existencia de la ciudad estaba perfectamente clara para Adam Smith. Él veía históricamente tres ventajas: la ciudad ofrece “un mercado grande y preparado” a los productos del campo, pone a disposición una “riqueza” que se invierte en tierras, que de otra forma permanecerían sin cultivar, y en su mejora y, por último, introduce en el campo “el orden y el buen gobierno, y con ellos la libertad y la seguridad de los individuos”. Véase Smith (1977), pp. 401-2.

<sup>20</sup> El término “tiranía” es usado precisamente en esta acepción por Braudel (1977), p. 35 de la edición italiana; véase también Camagni (1986).

productos agrícolas; por otra parte, una creciente capacidad de tratamiento autónomo de la información tecnológica y de mercado por parte de la industria difusa ha permitido desde hace tiempo la obtención de grandes beneficios extraordinarios.

De todas formas, la contradicción no está destinada a desaparecer, sino sólo a desplazarse hacia otros niveles: a un nivel más elevado, en el cual la ciudad suministraría servicios destinados a necesidades de carácter superior (por ejemplo, necesidades estéticas o de conocimiento más que de simple información), o a un nivel más amplio, de conflicto entre centro y periferia a nivel internacional (recordemos la profecía de Mao: “nuestros campos asediarán vuestras ciudades”).

El espacio económico, pues, articulado sobre la dicotomía topologicogeográfica ciudad/campo, se convierte en un espacio de relaciones, funcionales y jerárquicas al mismo tiempo. Las relaciones economicofuncionales, dirigidas a la mejor asignación de los recursos, implican siempre un elemento de dominación y, por otra parte, el control territorial no puede nunca fundamentarse sobre meras relaciones de poder, sino que debe apoyarse sobre una funcionalidad reconocida y aceptada.

La ciudad, lugar de la división del trabajo, se ha convertido, por tanto, también en el lugar de la desigualdad y el conflicto. En todas las épocas los conflictos territoriales han sido conflictos sobre la distribución de la renta entre las clases sociales y entre la ciudad y el campo, que se han iniciado a partir de cambios históricos en sus respectivas funciones: las revueltas campesinas en los albores de la era moderna contra una estructura feudal limitada al ejercicio del poder coercitivo; las batallas sobre las *corn laws* en la Inglaterra de principios del siglo XVIII, aparentemente centradas en un problema técnico como la importación de trigo y, en realidad, dirigidas a reducir el impacto de la renta del suelo agrícola sobre el nivel de los beneficios; y, bien mirado, incluso las mismas luchas estudiantiles de 1968 con sus eslóganes sobre la “imaginación al poder”, que hacían explícito, anticipándolo en parte, el paso de la ciudad fordista de las grandes familias industriales y del proletariado urbano a la ciudad metaindustrial de la información, de las tecnologías avanzadas, de las finanzas y de la cultura.

Si se observa a la ciudad desde esta óptica, como espacio a la vez de relaciones funcionales-productivas y de relaciones jerarquicodistributivas, se puede superar la aparente dicotomía, observada por muchos historiadores y cercana a algunas ideas de Weber y de Pirenne, entre una ciudad tradicional, lugar de residencia, de consumo de la renta y de ejercicio del poder, y una ciudad moderna, que aporta nuevas ideas, nuevas tecnologías, nuevos modelos culturales.<sup>21</sup> En realidad, la ciudad desarrolla al mismo tiempo ambos papeles, en un continuo proceso histórico en el cual la ciudad acoge a los agentes de lo nuevo, remunera sus servicios creándoles un espacio en la distribución de la renta, incorpora los procesos de re-

<sup>21</sup> Véase Redfield y Singer (1954), Roncayolo (1990), pp. 74-75.

troacción económicos y sociales, pone en evidencia las consiguientes contradicciones y crea las condiciones para un sucesivo nuevo orden.

La consideración de la función innovadora, además de la hipótesis de un movimiento dialéctico como motor de la historia urbana, nos conducen a representaciones de tipo dinámico. Por una parte, encontramos la idea de una sucesión de estados o de regímenes relacionados con los grandes cambios históricos o tecnológicos: los hiperciclos braudelianos (de aproximadamente 200 años), los ciclos largos de Kondratief ligados a la aparición de nuevos paradigmas tecnoeconómicos, los ciclos de urbanización/desurbanización del reciente análisis de Van den Berg y Klaassen (no especificados en sentido temporal sino sólo descubiertos empíricamente en los últimos 40 años).

Por otra parte, en sentido más propiamente económico, podemos imaginar un proceso cíclico de desarrollo y declive de la ciudad, que se puede formalizar de manera similar a los modelos ecológicos de Volterra-Lotka, en los cuales la función innovadora de la ciudad genera beneficios (schumpeterianos) y desarrollo, pero también un crecimiento de la renta urbana, que a su vez reduce la tasa de beneficio y la ventaja comparativa de la ciudad, induciendo el declive.<sup>22</sup>

## 5 La ciudad como sistema: mecánico o evolutivo

Si la ciudad constituye el polo de un sistema de relaciones que afectan al espacio global, de la misma manera la ciudad puede ser representada como un *sistema complejo* de relaciones internas entre los elementos o las partes individuales, que constituyen sus leyes de funcionamiento y sus características estructurales.<sup>23</sup>

Las relaciones pueden ser de carácter microeconómico, como en los modelos de demanda espacial, o relaciones más generales de causa-efecto como en el modelo de dinámica urbana de Forrester o, en términos aún más abstractos y generales, simples interacciones a distancia, como en los modelos de demanda de transporte y *land use*.

Dentro de esta última categoría recaen las familias más relevantes de modelos de interpretación de la estructura interna de la ciudad, basados en el principio de accesibilidad, de interacción espacial gravitatoria y, al menos en parte, de jerarquía.<sup>24</sup> Dichos modelos permiten interpretar un amplio espectro de fenómenos, que abarcan desde la estructura de las localizaciones de específicas actividades hasta su área de mercado, desde el origen y destino de los flujos de transporte hasta sus específicos recorridos internos en la ciudad, desde la distancia hasta la dimensión relativa de los centros de una jerarquía urbana.

<sup>22</sup> Véase Camagni (1992c), cap. 11.

<sup>23</sup> Véase Meier (1962), Mela (1985), Diappi (1987), Bertuglia (1991).

<sup>24</sup> Véanse los capítulos 2-4.

La representación de la ciudad que emerge a partir de estos enfoques tiene referencias y analogías con otras ciencias: encontramos de hecho una clara metáfora mecánica en la concepción de la ciudad como sistema de flujos (similares a los de una red hídrica) o como campo de fuerzas gravitatorias; encontramos una explícita metáfora termodinámica en la concepción de la ciudad como sistema estocástico, interpretable a través del concepto de entropía (un concepto igualmente utilizado en la mecánica estadística y en la teoría de la información).<sup>25</sup>

El economista se desenvuelve, por lo general, bastante cómodo en este ámbito, gracias a las hipótesis de optimización (o de máxima probabilidad) en las que se basan los respectivos modelos; no obstante, el economista se esfuerza siempre en superar la simple metáfora mecanicista e intenta interpretar las relaciones de atracción y repulsión en términos de utilidades individuales y de valores. Mediante el uso de las funciones “duales” en los modelos de asignación óptima, está en condiciones de, por ejemplo, poner en evidencia los “precios sombra” o los valores implícitos de las distintas porciones de suelo urbano que tienen su origen en las preferencias localizativas de los sujetos económicos, abriendo el camino hacia una profundización de la teoría de la renta urbana.<sup>26</sup>

Emerge en este caso, y de forma completamente evidente, la estrecha relación lógica y económica que existe entre localizaciones, residenciales y productivas, renta del suelo, demanda de interacción y transporte, congestión de la red de tráfico: lejos de ser fenómenos diferentes, estudiados con distintos enfoques disciplinarios por parte del urbanista, del transportista, del economista, todos ellos resultan ser diferentes caras de la misma moneda constituida por el sistema de interacciones intraurbanas.<sup>27</sup>

Y aún permaneciendo en este mismo ámbito de representaciones de la ciudad, se presenta un auténtico salto cualitativo en el momento en que pasamos de una visión estática, prevaleciente en los años sesenta, a una visión dinámica del sistema urbano, prevaleciente en los años ochenta. Con una metáfora que deriva claramente de la biología, el sistema urbano es representado como un sistema vivo y evolutivo, en el cual la adaptación del sistema al ambiente da lugar a procesos creativos y morfogénicos. Evolución y mutación son procesos que dan lugar al nacimiento de nuevas formas y nuevas funciones, las cuales no son ni implícitas ni previsibles a partir de la base de la estructura preexistente.

<sup>25</sup> Véase el tercer radio, por la izquierda, en la figura 1.

<sup>26</sup> Véase el capítulo 6.

<sup>27</sup> Importantes a este propósito son las bonitas palabras, autobiográficas, de Solow: “*One of the pleasures of being an economic theorist is the discovery that some new aspect of social life, superficially quite different from the explicit haggling of the marketplace, will actually yield to the method of economic theory. I can remember enjoying that feeling when I first began to think about the geography of economic activity inside a city, and its codetermination along with the pattern of rents, transportation flows, and congestion*”; Solow (1981).

Como una clara derivación de la teoría de la autoorganización de los sistemas dinámicos lejos del equilibrio de Prigogine, y utilizando una modelización derivada de la teoría de la interacción biológica y de la teoría de las catástrofes de René Thom,<sup>28</sup> nace, si bien hoy todavía se encuentra en su infancia, una teoría evolutiva de la ciudad, fácilmente integrable, por una parte, con la teoría matemática de las bifurcaciones y de los procesos sinérgicos y, por la otra, con la teoría schumpeteriana de la innovación.<sup>29</sup>

En biología, las características generales y necesarias de un sistema viviente vienen dadas por las siguientes: apertura, organización jerárquica en muchos niveles, finalidad y diversidad. El sistema está abierto hacia su entorno, del cual obtiene la energía y la información necesarias para su autorreproducción; está internamente organizado en múltiples niveles, de manera que asegura una relativa autonomía a sus elementos; la autorreproducción constituye su finalidad, e implica un nivel mínimo de diversidad y variedad, necesarias para adaptarse a las fluctuaciones del entorno exterior.<sup>30</sup>

Como se puede observar fácilmente, se trata de características fácilmente extensibles al sistema ciudad, excepto la de la finalidad que sigue siendo un problema no resuelto. Por una parte, de hecho, indicar genéricamente la supervivencia como la teleología de la ciudad, puede parecer o demasiado vago o poco creíble. Por otra parte, precisamente para responder a esta debilidad conceptual, ha sido propuesta la noción de “sistema hipointegrado”, esto es, un sistema con una finalidad ambigua que deja una gran autonomía a las relaciones entre los subsistemas:<sup>31</sup> la finalidad no estaría en este caso definida en sentido absoluto, sino que lo estaría en sentido específico y relativo en el tiempo y en el espacio. Esta interesante solución abre el camino a un posible debate sobre las específicas formas históricas de la ciudad, a la búsqueda de una capacidad de autorreproducción y de comportamiento intencional que para algunos está ausente en la ciudad moderna.

## 6 Información y transacción: las redes de ciudades

Procediendo hacia niveles de abstracción más elevados, encontramos la metáfora cibernética de la teoría de la información: la ciudad es considerada como un sistema de optimización de flujos de comunicación o de mensajes, independientemente del contenido de los mensajes mismos. Señal, ruido, redundancia, entropía, orden/desorden, complejidad son conceptos desarrollados de diversas formas por

<sup>28</sup> Véase Prigogine (1979) y (1985), Varela (1979), Thom (1972), Marchand (1983).

<sup>29</sup> Véase Camagni (1992c), apartado 10.1 y cap. 11.

<sup>30</sup> Véase Laborit (1974), Passet (1979), Lung (1987).

<sup>31</sup> Véase Ciborra, *et al.* (1977).

parte de teóricos de múltiples disciplinas referidos a la información<sup>32</sup> y diversamente aplicados a la estructura urbana.

Más allá de la fuerte atracción que siempre suscita el ejercicio de la analogía, estos conceptos parecen haber dado los mejores frutos en términos heurísticos, al menos en economía urbana, solo cuando han sido filtrados a través de otros enfoques disciplinares: el concepto de entropía a través de la mecánica estadística y el concepto de orden/desorden a través de la química-física de los procesos irreversibles de Prigogine.<sup>33</sup>

En forma análoga, dejan a uno algo escéptico los intentos, aunque también atractivos y sugestivos, de extender la misma metáfora a un ámbito dinámico, en el cual se define la ciudad como *machine informationnelle*, una máquina que se construye y se reproduce a sí misma “fabricando su propio programa”, “una máquina significativa que no significa nada pero que reúne y conecta entre ellas todas las cadenas productivas, institucionales y científicas”.<sup>34</sup>

El límite que el economista ve en estas abstracciones es el de infravalorar la finalidad de los flujos de información que se desarrollan en la ciudad y entre las ciudades. La ciudad de la información se convierte en un simple sistema de señales, de forma parecida a lo que le ocurre en la ciudad-autopista de los *Amori difficili* de Italo Calvino, donde los pensamientos, los sentimientos y las decisiones de los individuos colapsan y se simplifican en simples sucesiones de señales luminosas, en sencillos trazados de luces de entrada y de salida.

Por el contrario, distinguiendo los dos grandes ámbitos de la comunicación interpersonal, no económica, y de la comunicación entre unidades económicas, se trata, en el primer caso, no tanto de flujos de información sino de intercambios de significados, que pertenecen a la esfera de la utilidad individual. En el segundo caso, más relevante desde el punto de vista de este volumen, se trata de flujos que tienen como fin la transacción económica –la cual puede ser una transacción organizativa, cooperativa o de mercado en función de que se desarrolle respectivamente en el interior de una jerarquía, como puede ser una empresa o una institución, entre los socios de un proyecto común o entre agentes anónimos que efectúan intercambios–, flujos que, en consecuencia, tienen que ver con actividades de control, cooperación y coordinación (y no de simple comunicación/información).

Pero entonces elementos como la eficiencia, la rentabilidad y el poder, que parecían desaparecer en el interior de una metáfora puramente informática, vuelven una vez más a constituir las variables explicativas básicas para comprender el fenómeno ciudad.

<sup>32</sup> Véase Shannon y Weaver (1949), Atlan (1972), Webber (1979), Diappi (1987), Batty (1989).

<sup>33</sup> Véase el capítulo 3.

<sup>34</sup> Véase Fourquet y Murard (1973), p. 28.



Procediendo de esta manera es posible redescubrir, en el ámbito de cada ciudad (o distrito industrial), la función de la proximidad y el origen de la aglomeración en la reducción de los costes de transacción. De la misma forma, a nivel del sistema urbano total, es posible teorizar el papel de la ciudad como nodo de una red transterritorial de relaciones y de transacciones, facilitadas por la existencia de redes físicas de transporte y comunicación.

Llegamos aquí al máximo nivel de abstracción y de desterritorialización compatible con un enfoque económico de la ciudad.<sup>35</sup> Esta última se convierte de hecho en un nodo o un punto sobre un circuito de relaciones económicas, un nodo y un circuito que mantienen con el espacio una relación distinta de la tradicional, analizado por la geografía y por la geografía urbana.

El espacio-territorio y el espacio-distancia son superados; la fricción espacial aniquilada; todas las referencias de carácter “areal” pierden valor, desde el concepto de área de mercado hasta el de gravitación. El espacio continuo, medible en una dimensión como distancia o en dos dimensiones como potencial, es sustituido por un espacio dicotómico, identificado por la alternativa estar-no estar “en red”.

El arquetipo de la ciudad-feria, de la ciudad comercial o financiera pura, históricamente realizado en nuestras repúblicas marineras o en las ciudades del Renacimiento –simples bases operativas según el análisis de Pirenne, faltas de una base territorial, demográfica y productiva– se opone lógicamente (y se sustituye históricamente a través de la aparición de nuevas funciones y de nuevas clases sociales) al arquetipo de la ciudad administrativa, de la ciudad-sede del poder territorial; a la ciudad medieval, que vive solamente en función de una complementariedad estricta con el campo que la rodea, en una condición de autarquía respecto al mundo exterior. A un principio de organización espacial que podemos llamar “territorial”, bien sintetizado por el modelo gravitatorio y por el modelo jerárquico de Christaller, se añade un principio de organización “en red”, fundamentado sobre relaciones selectivas, tendencialmente no jerárquicas entre centros dispuestos de forma no sistemática sobre el territorio.<sup>36</sup>

Es posible, llegados a este punto, teorizar las “redes de ciudades” (*réseaux de villes*) como aquellos sistemas de relaciones y de flujos entre centros urbanos que

<sup>35</sup> “Se trata de un fenómeno de *red* puesto que la ciudad está fundamentalmente en relación con otras ciudades. La ciudad representa un umbral de desterritorialización, ya que es necesario que cualquier material sea suficientemente desterritorializado para entrar en la red, someterse a la polarización, seguir el circuito de recodificación urbana y viaria. El máximo nivel de desterritorialización aparece en la tendencia de las ciudades comerciales y marítimas a separarse de la tierra que las rodea, del campo (Atenas, Cartago, Venecia...)”. Deleuze y Guattari (1980), p. 539.

<sup>36</sup> Véase el capítulo 4. Hemos dicho que el segundo principio de organización “se aproxima” al tradicional: con esto queremos reafirmar que dicho principio se superpone pero no sustituye al primero, sino, más bien, entra con este último en una relación dialéctica.

tienen justificación económica en la consecución de economías de complementariedad o de sinergia para los centros urbanos de los que están formados. Pueden ser clasificadas como redes de primer tipo aquellas que configuran un proceso de división espacial del trabajo (las ciudades del Randstad holandés, el sistema urbano policéntrico de la región del Véneto); pertenecen, en cambio, al segundo tipo las redes entre ciudades que desarrollan funciones similares, como las ciudades financieras, las ciudades direccionales mundiales, las ciudades de arte reunidas en itinerarios turísticos, o las ciudades que cooperan explícitamente en grandes proyectos de infraestructuras.<sup>37</sup>

Si la organización en red de los centros constituye un paradigma distinto de organización espacial con respecto al modelo jerárquico christalleriano en un ámbito interurbano, sus manifestaciones pueden ser recogidas también en un ámbito intraurbano. Cada vez son más visibles en el interior de las grandes áreas metropolitanas occidentales tendencias –espontáneas pero también explícitamente guiadas por las instituciones de planificación– de organización policéntrica, fundadas sobre una recuperación de especificidades, funcionales y simbólicas, de los subpolos individuales, en franca oposición a las tendencias homogeneizantes del modelo tradicional centro-periferia, expresión del crecimiento difuso y rápido de la ciudad.

Con anterioridad, hemos añadido al paradigma reticular una característica de desterritorialización: flujos de relaciones y de informaciones financieras, comerciales, diplomáticas entre centros lejanos, que se desarrollan a través de canales privilegiados y eficientes (piénsese no sólo en las modernas redes telemáticas, sino también en los primeros servicios regulares de correos internacionales puestos en marcha por los mercaderes y los banqueros italianos y hanseáticos, con una base estrictamente corporativa, a partir del siglo XIV) testimonian un esfuerzo explícito de superación de la barrera espacial que tiene en la ciudad su eje natural. Pero la ciudad se proyecta contemporáneamente en el tiempo, conservando en sus monumentos, museos, bibliotecas y bases de datos la memoria de relaciones pasadas y prefigurando el futuro a través de los procesos de innovación y de las curiosidades incesantes que sabe alimentar.

Podemos terminar, pues, con la más abstracta de las representaciones de la ciudad, aquella que la ve como el dispositivo de superación al mismo tiempo del espacio y del tiempo.<sup>38</sup>

<sup>37</sup> Véase Dematteis (1990) y (1991); Camagni (1992a); Trullén y Boix (2001).

<sup>38</sup> “*Nous définissons la Cité comme ce qui permet de vaincre ensemble le temps et l’espace, donc tout ce qui nous limite, rien moins donc qu’une réussite philosophique prométhéenne. On conçoit alors qu’elle inquiète le Ciel, qui est défié*”, Dagognet (1984), p. 62, citado en Ansay y Schoonbrodt (1989), p. 221.

## 7 El plan del volumen

Este volumen está organizado idealmente en dos partes. En los seis primeros capítulos se presentan uno tras otro los grandes principios económicos de organización del espacio urbano y una teorización completa y coherente de la renta urbana.

Los grandes principios de organización territorial, que se encuentran estrechamente relacionados con algunos modelos históricos de la economía urbana, nos permiten responder a algunas preguntas fundamentales sobre la naturaleza, la estructura y las leyes de movimiento de la ciudad. Dichos principios son:

- el principio de aglomeración, o de la sinergia, que responde a la pregunta inicial: ¿por qué existe la ciudad? (capítulo 1);
- el principio de accesibilidad, o de la competencia espacial, que investiga sobre las formas en que se localizan las diversas actividades, residenciales y productivas, en competencia entre ellas por el espacio urbano: ¿dónde en la ciudad? (capítulo 2);
- el principio de interacción espacial, o de la demanda de movilidad y de contactos, que se pregunta sobre las relaciones que se establecen entre las distintas partes de la ciudad y entre las correspondientes actividades: ¿cómo en la ciudad? (capítulo 3);
- el principio de jerarquía, o del orden de las ciudades, que investiga sobre las leyes de organización del más amplio espacio interurbano, a la búsqueda de la lógica que preside la dimensión y la localización relativa de los distintos centros: ¿cuáles y cuántas ciudades? (capítulo 4);
- el principio de competitividad, o de la base de exportación, que muestra las condiciones y las modalidades del desarrollo de las ciudades: ¿por qué crece la ciudad? (capítulo 5).

Tratándose de un texto de *economía* urbana, estos principios tienen su origen naturalmente a partir de más generales principios de organización económica: el principio, que podemos llamar marshalliano, de eficiencia estática y de asignación óptima de los recursos; el principio, schumpeteriano, de eficiencia dinámica y de ventaja competitiva alcanzada mediante procesos de innovación; el principio, genéricamente marxiano, del poder y del control económico de los recursos.

El espacio es una de las variables estratégicas de entre aquellas que actúan en el interior de dichos principios de organización económica: el espacio es al mismo tiempo una variable instrumental en los procesos de optimización y una variable dependiente sobre la que impactan esos mismos procesos. De hecho, como consecuencia del funcionamiento de estos principios, tienen lugar procesos de fragmentación y recomposición espacial de los ciclos productivos, procesos de control de los mercados de los *assets* de innovación y procesos de control de la información

y de los recursos externos al sistema local (figura 2). Más en general, tienen lugar procesos de autoorganización espacial que se pueden sintetizar en los cinco principios generadores del espacio urbano que hemos presentado más arriba.

En el capítulo 6 se aborda de una forma coherente el tema teórico de la renta urbana, partiendo de la teoría económica clásica de la renta *tout-court* y llegando a unir muchos aspectos y conclusiones obtenidos en los capítulos precedentes.

El volumen termina con dos capítulos dedicados a la definición del concepto de sostenibilidad urbana y a las correspondientes estrategias de intervención (capítulo 7), y a una reflexión sobre la justificación teórica de las políticas urbanas y territoriales en la actualidad, y a las nuevas orientaciones que parecen necesarias, hacia los procesos de innovación y de desarrollo de capital relacional (capítulo 8).

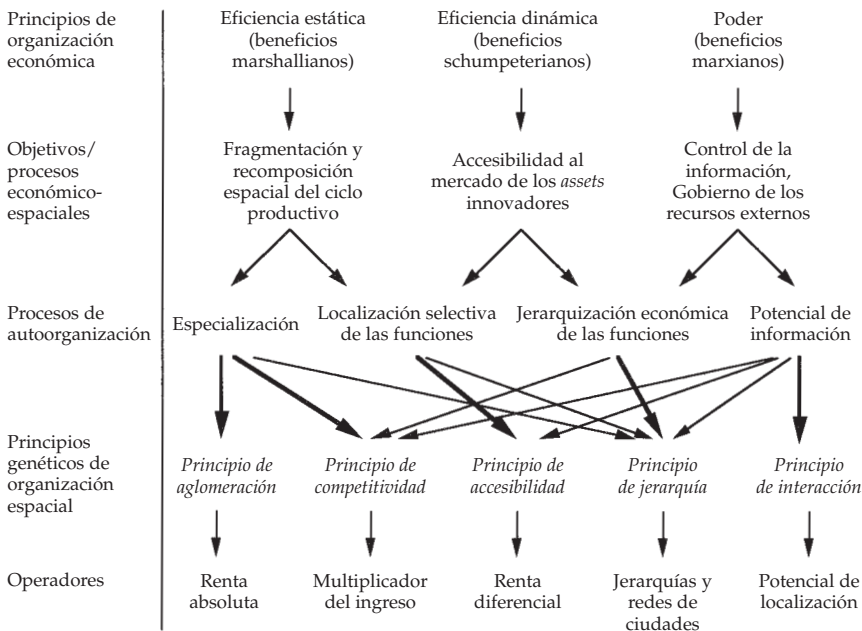


Figura 2. Los grandes principios organizadores del espacio económico.